

presente menudencias accidentales: explicaréme con el ejemplo del reloj. Para que yo forme una idea distinta del reloj basta que me represente las partes esenciales del movimiento regular proporcionado á las horas, é importa bien poco que me represente si el reloj es de faltriquera, si de sala, si de oro ó de plata, etc. Pasemos adelante.

## § III.

Conviene examinar si las ideas son respectivas ó no.

EUG. — Hasta aquí voy comprendiendo muy bien.

SILV. — Las cosas son tan claras, que las percibiría otro entendimiento mucho menor que el vuestro, y aun tan claras me parecen que casi son superfluas.

TEOD. — Amigo Silvio, uno de los principios de grandes desórdenes en los juicios y en las acciones de los hombres es despreciar por juzgarlas superfluas muchas cosas que no lo son. La esperiencia os desengañará bien presto. Uno de los dictámenes que juzgareis muy escusado es este que voy á daros ahora, y á fe mia que es de los mas importantes. Algunas ideas hay, Eugenio, que dicen esencialmente orden á otra cosa de afuera, como v. g. idea de *semejante*, que dice orden á otra cosa, la cual ha de ser semejante, idea de *mayor* ó de *menor*, idea de *igual* ó *desigual*, etc.

EUG. — Percíbolo clarísimamente. ¿Y como llamas á esas ideas que dicen orden á otra cosa?

TEOD. — Llamámoslas *ideas respectivas*: por el contrario, las ideas que no dicen este orden ó comparación á otras cosas se llaman *absolutas*, como la idea de *palo*, *pedra* ó *fuego*, etc. Conviene, pues, mucho separar las unas de las otras, porque si casualmente usáremos de una idea respectiva como si fuese absoluta, infaliblemente tropezaríamos.

SILV. — Solo un ciego podrá tropezar en cosa tan clara y llana.

TEOD. — No lo dudo; pero siempre es caridad advertir á los ciegos que no tropiecen, y no deja de ser útil á todos la advertencia, porque hay muchos que tienen los ojos claros y no ven, y es que padecen gota serena. Mas ahora me ocurre, Eugenio, haceros una pregunta, y para que no se me olvide no quiero dilatarla. Decidme: *¿podrán dos cosas ser del mismo tamaño, y siendo la una muy grande ser la otra muy pequeña?* ¿Qué os reis de la pregunta?

EUG. — Eso me parece que es imposible.

SILV. — No lo digais con miedo, que no hay peligro de errar.

TEOD. — Pregunto mas: y si yo dijere que una cosa muy pequeña puede ser mayor que otra enormemente grande, ¿qué direis vosotros?

SILV. — Que decís una gran paradoja.

TEOD. — Pues me alegro de saber eso, porque estaba en un error terrible, y el caso es que todavía no se me puede quitar de la cabeza, y estoy en que una cosa siendo muy pequeña puede sin embargo

ser mayor que otra muy grande; y tambien digo que siendo dos cosas iguales, puede la una ser muy grande y la otra muy pequeña.

SILV. — Si tal creéis, es preciso que os dejeis sangrar, porque sin duda teneis lisiado el cerebro.

TEOD. — Puede ser que esteis engañado. Y si no decidme: mi perro llamado Tigre ¿no me habeis dicho que es monstruosamente grande? No lo podeis negar: tampoco negareis que la haca gallega en que mis hijos andan por el jardin es muy pequeña, y de las mas pequeñas que han parecido en la corte.

SILV. — No hay duda que hasta ahora no he visto ninguna tan pequeña.

EUG. — Ya penetro á donde va á parar el artificio: perdido estais, Silvio.

TEOD. — Pues ahí teneis una cosa, que es estremadamente pequeña, y aun así es mucho mayor que la otra que vos llamais monstruosamente grande. Porque no obstante ser el haca muy pequeña siempre es mayor, y mucho mayor que el perro que vos confesais ser de un grandor disforme. Amigos míos, es menester reparar mucho en las cosas, y examinar si la idea es respectiva ó absoluta: ni esto es tan facil de conocer como se piensa, pues Silvio con toda su agudeza no lo echó de ver, y tropezó en la equivocacion. Si vosotros advirtiérais que la idea de *grande* era respectiva, no tendrais por paradoja y locura lo que yo dije de que una cosa muy pequeña podia ser mayor que otra muy grande, y ahora no lo podeis negar.

EUG. — ¿Pues qué, Silvio, sois ciego, ó teneis gota serena, que así habeis tropezado?

TEOD. — Dejaos de eso, Eugenio: la idea absoluta, amigos, como no dice relacion ni depende de otra cosa, por sí sola tiene toda su significacion, y en cualquier proposicion que se ponga siempre quiere decir lo mismo. Por eso si yo digo una vara, un palmo, una pulgada, siempre digo una misma cosa; que el palmo, v. g., sea de madera, que de paño, que de piedra, porque la idea de palmo á causa de ser absoluta siempre significa lo mismo. Pero la idea de *grande* es respectiva, y quiere decir, *mayor que las cosas ordinarias de su especie*. Por eso un conejo que tuviere dos palmos de largo será grande, y un carnero que solo tuviere dos palmos será pequeño, porque este tamaño es menor que el ordinario, y aquel mayor. Diciendo, pues, esta idea orden y comparacion á cosas diversas, claro está que es respectiva, y que aplicada á los *perros* da á conocer un tamaño, aplicada á los *conejos* otro, y aplicada á los *caballos* otro, y de aqui nace toda la equivocacion.

SILV. — Todavía me mantengo en lo dicho, de que esas son unas equivocaciones en que solo podrá caer algun ciego: yo me equivoqué con la proposicion de que os habeis servido para armarme como un lazo; pero no juzgaba que me propusierais enigmas: si discurriéramos seriamente, al instante conoceria el engaño, y nadie me parece que errara en un discurso serio por falta de ese dictamen ó reflexion.

EUG. — Sea así muy enhorabuena: no gastemos mas tiempo en eso. Ponedme vos, Teodosio, mas

ejemplos que me confirmen en la inteligencia de esa doctrina.

TEOD. — Ya sabéis que David, siendo un pobre pastorcillo, hizo una hazaña prodigiosa en vencer al gigante, hombre de monstruosa estatura, bien armado y ejercitado en la guerra por muchos años, y además dotado de un ánimo audaz, circunstancia que dobla las fuerza y da valentía. Ahora suponed que otro gigante igual era acometido de todo el ejército de los israelitas, y sucesivamente vencido y muerto, y que yo decía así: *David en matar al gigante hizo una hazaña maravillosa: el ejército todo mató al gigante, luego el ejército todo hizo una hazaña maravillosa.* ¿Qué diriais vosotros de este discurso?

EUG. — A mí no me parece bueno.

TEOD. — Y con razón; pero el vicio está en que se toma una idea respectiva como si fuese absoluta. Ser una acción admirable es cosa que dice orden á las fuerzas con que se hace, y de la comparación de esas fuerzas es de donde nace el que sea ó no sea admirable. Comparada, pues, aquella acción con las fuerzas de un hombre solo como era David, es cosa rara; pero si se compara con las fuerzas de un ejército, no es cosa que se pueda llamar proeza, ni causa admiración. Por consiguiente la idea de *hazaña maravillosa* en la primera proposición quiere decir *cosa muy superior á las fuerzas ordinarias de un hombre*, y en la última quiere decir *cosa muy superior á las fuerzas ordinarias de un ejército.* ¿No veis cómo bajo una misma palabra *hazaña ma-*

*ravillosa* se vienen á entender cosas diversas? Pues ahí es donde está el vicio del argumento.

EUG. — Confieso que es muy importante esa reflexión.

TEOD. — Pongamos otro ejemplo: decía Silvio un día de estos, que si consiguiera un buen partido que pretendía, viviría contento toda su vida: ¿no es así?

SILV. — Así lo dije, y lo vuelvo á decir, porque en alcanzando un hombre lo que desea, forzosamente ha de vivir contento, y yo no deseo más que tener una buena renta con poco trabajo, y todo esto logro si me dan el partido que pretendo: ved ahora cómo podré yo dejar de vivir contento.

TEOD. — ¿Qué decís á ese discurso, Eugenio?

EUG. — Parece bueno.

TEOD. — Pues yo con la libertad que me da la lógica digo que es erradísimo. Aunque os diesen ese partido no viviríais contento; y para vuestro desengaño basta ver que todo el mundo se engaña con semejante discurso. Todos suspiran por las riquezas, creyendo que hallarán en ellas una vida tranquila y sosegada, y todos se engañan, porque cuanto más ricos los hallo más inquietos los veo, y más llenos de cuidados.

EUG. — La verdad es que prácticamente con las riquezas vienen los cuidados é inquietudes.

TEOD. — Conviene, pues, descubrir donde está el vicio del discurso con que Silvio se engaña y todo el mundo con él. A primera vista el discurso es bueno, porque dice así: *El que consiguiera todo lo*

*que desea vivirá satisfecho; yo solo deseo riquezas, luego si consiguiera riquezas viviré satisfecho.* Pero en realidad el discurso es vicioso, como se conoce por la esperiencia, y el vicio está en que no se examina bien una idea respectiva que en él hay: *vivir satisfecho* dice relacion á los deseos que entonces estuvieren presentes, y no á los deseos pasados: ¿que importa que con las riquezas satisfaga yo los deseos que antes tenia, si con ellas me vienen otros muchos que no puedo satisfacer? y no basta saber que una idea es respectiva, es menester reparar bien en aquello á que la misma idea dice orden, para ver si la proposicion es verdadera ó falsa. Aquella primera proposicion *el que consiguiera todo lo que desea vivirá satisfecho* parece certisima, y sin embargo es muy falsa, porque cumplidos todos los antiguos deseos pueden nacer otros de nuevo que impidan la satisfaccion del ánimo y la tranquilidad: y la idea de *satisfecho* dice relacion á todos los deseos que podrá haber en ese tiempo de la satisfaccion, y no solo á los deseos pasados. Ved ahora, Silvio, si es tan facil como decís precaver esos errores cuando vos y el comun de las gentes caeis en ellos, y os engañais aun en discursos serios y bastante graves.

SILV. — En todo se requiere exactitud y cautela.

TEOD. — Y mucho mas en aquellas cosas que parecen claras luego á primera vista. Por lo que debéis imprimir en la memoria este dictamen: *conviene examinar bien si la idea es ó no respectiva, y á qué objeto dice relacion* (proposicion sesenta

y una). La razon de este dictamen ya queda demostrada.

EUG. — No es preciso repetirla, ni me olvidaré de ella.

#### § IV.

No se ha de confundir la idea de las cosas con la de sus modos.

SILV. — Prácticamente tengo visto que donde menos se temen los peligros allí se deben temer mas porque estan mas disimulados.

TEOD. — Es menester, pues, hacer estos exámenes despacio para evitar los peligros que á primera vista no se descubren, y por este motivo se dan estos dictámenes; bien que son tan claros y naturales, que parece que nadie los ignora. No los damos porque el entendimiento los ignore, sino para que haga reflexion sobre ellos; pues lo mismo viene á ser no reflexionar sobre un principio que ignorarlo. Esto supuesto, pasemos adelante. Dos clases hay de ideas; unas que representan las cosas, otras que representan los modos de ellas, y bien veis que tienen gran diversidad entre sí; por tanto, si las confundimos unas con otras caeremos en grandes errores. Con los ejemplos os instruiré mejor. Supongamos que yo discurro así: *vos, Eugenio, hoy habeis comido lo que yo compré; yo compré unas perdices crudas, luego vos habeis comido perdices crudas.* ¿Qué habeis de responder?

EUG. — Que eso no es así, porque vuestro cocinero las tenia muy bien guisadas.

TEOD. — Pero no basta decir que no para responder á un discurso que os obliga á decir que sí. Vos no dudais de la primera proposicion, porque todo lo que se puso en la mesa fué comprado, y así no dudais que *solo habeis comido lo que yo compré*.

EUG. — En eso no hay duda.

TEOD. — Pues tampoco la puede haber en que *yo compré las perdices crudas*, y no obstante la consecuencia es falsísima. Es menester señalar el vicio de este discurso; y para no teneros suspenso por mas tiempo voy á decirlo. Aquí se confunde la *idea de las cosas* con la *idea de sus modos*. Ser perdiz, ó polla ó pato, etc., son las cosas; mas estar *crudo cocido*, estar *entero* ó *trinchado*, son los diversos modos con que puede estar una misma cosa. Ahora bien, ya veis que confundiéndose la *sustancia* de cualquier cosa con su *modo*, se pueden armar grandes cavilaciones y engaños, y tal es el discurso de que tratamos. En la primera proposicion que decia: *vos habeis comido lo que yo compré*, aquella *idea lo que compré*, ó se puede tomar por la *sustancia* de la cosa que yo compré, ó por el *modo* de la misma cosa: si la tomamos por la *sustancia* simplemente, es verdad lo que se dice; porque si compré perdices, perdiz habeis comido: si hubiera comprado conejos, cochinitos ó tórtolas, eso mismo seria lo que vos hubierais comido; pero si aquella expresion *lo que compré* se quisiere tomar no solo por la *sustancia* de la cosa comprada, sino tambien por el *modo*

con que estaba cuando la compré, entonces la proposicion resulta falsa, porque compré las perdices *crudas*, las compré *con plumas*, las compré *enteras*, las compré *frias*, las compré *colgadas*, y de ninguno de estos modos estaban cuando vos las habeis comido; por lo que, como en la segunda proposicion se habla del *modo* con que estaban las perdices, ya se ve que artificiosamente se confunde la *sustancia* con el *modo*; y se hace un grande engaño: gran sofisma.

SILV. — Ya veo que es necesario ser un hombre muy advertido para no verse obligado á conceder que comió perdices con plumas. Pero suponed que yo hiciese este discurso: *Pedro me vendió lo que compré; yo compré perdices crudas: luego Pedro me vendió perdices crudas*. ¿Que os parece de este discurso?

TEOD. — Me parece bien y no tiene vicio; porque en la primera proposicion aquella *idea lo que compré* se puede tomar no solo por la *sustancia* de la cosa comprada, sino tambien por el *modo* con que estaba cuando la compré; pues aun en ese sentido es verdadera, porque de aquel mismo modo que ellas estaban cuando las compré estaban cuando él las vendió. Por el contrario, en aquella otra proposicion *comisteis lo que yo compré*, esa expresion debe tomarse solo por la *sustancia* de la cosa comprada, y no por el *modo*; y como en la segunda proposicion de este discurso se hace mencion del *modo*, es claro que se pasa de la *sustancia* al *modo*, en lo cual está la cavilacion y el engaño.

SILV. — Ahora está bien entendida la máxima.

TEOD. — Quiero poner os otro sofisma gracioso que puede volver tontos á los mas advertidos; estabais vos, Eugenio, oyendo un sermón y dijo el predicador: *Dios no es injusto*; pero por mala percepcion de vuestro oído no percibisteis bien la primera sílaba de la palabra *injusto* y solo oísteis las dos últimas *justo*.

SILV. — Ese es caso que sucede mil veces no percibir los oyentes todas las sílabas, ni aun todas las palabras que el predicador verdaderamente dijo.

TEOD. — Pues supuesto este caso digo así: *todo lo que vos oísteis lo dijo el predicador; vos oísteis una blasfemia; luego el predicador dijo una blasfemia*. ¿Qué os parece de este discurso, Eugenio?

EUG. — Malo y pésimo.

TEOD. — ¿Y donde está el vicio?

EUG. — Tal vez ahí habrá alguna equivocacion del modo con la *sustancia*.

TEOD. — Eso es: mirad, amigo, cualquier palabra se puede tomar ó por la sustancia del *sonido*, ó por el modo con que se profiere; esto es, ser *acompañada* ó *desacompañada* de alguna otra voz ó sílaba que mude ó confirme su significacion. Esta palabra *justo* fué proferida y fué oída; pero fué oída de un modo y proferida de otro; fué oída sola, esto es, sin sílaba *in*, que destruye lo que ella significa; pero fué proferida acompañada de la misma sílaba *in*, y hay una gran diferencia de lo uno á lo otro; porque si el predicador dijere *no es justo*, dirá una herejía, y si dice *no es injusto*, dice una verdad del Evangelio. Por lo que examinando en la

primera proposicion aquella idea *lo que vos oísteis*, ó se toma por la *sustancia del sonido*, y entonces es verdad, pues todo el sonido que entró por vuestros oídos salió de la boca del predicador, ó se puede tomar por el *modo de ese sonido*, y entonces la proposicion sale falsa; porque la palabra *justo* salió de la boca del predicador acompañada de la sílaba *in* puesta antes, y llegó á vuestros oídos desacompañada y sola; luego no entró por vuestros oídos de aquel mismo modo como salió de su boca, y así resulta falsa la proposicion, que todo lo que vos oísteis de ese mismo modo lo dijo el predicador. Como, pues, en la siguiente proposicion se habla de herejía, y eso no solo depende de la sustancia del sonido, sino tambien del modo con que se profiere la palabra, y de no tener antes sílaba que mude su significacion, viene á quedar manifiesta la cavilacion, y que se hizo tránsito de la idea de la *sustancia* á la idea del *modo*; y aquí está el error, porque las confunde una con otra como si fuesen una misma.

EUG. — Estoy pasmado de la malicia que se puede esconder en discursos que á primera vista parecian evidentesísimos.

TEOD. — Por tanto grabad en la memoria el otro dictamen de la lógica: *Nunca confundamos la idea que representa la sustancia en sí con la idea que representa tambien su modo* (proposicion sesenta y dos). No os doy aquí la razon de ese dictamen, porque ya la sabeis.

EUG. — ¿Qué mayor razon puede haber para observar lo, que el ver nosotros evidentemente que á

causa de despreciarlo se precipita el juicio en mil errores?

TEOD. — A veces esos errores son en materia de suma importancia, de lo cual pondré un ejemplo que os lo dé á conocer. Dice la Escritura, que Dios, despues que crió el mundo, miró todo lo que sus manos habian hecho, y que todo lo halló bueno, y en alto grado bueno. Supongamos ahora que un herege arguyese así: *Todo cuanto hay en este mundo es obra de la mano de Dios, y aprobado por él: es así que en este mundo hay infinidad de pecados, desórdenes y abominaciones; luego los pecados, los desórdenes y las abominaciones son obra de la mano de Dios y aprobadas por él.*

EUG. — Dios me libre de semejante blasfemia: y ¿cómo se responde á ese argumento?

SILV. — A ver, dejadme por curiosidad examinar esto: la primera proposicion parece cierta y sacada de la Escritura, porque Dios es criador universal, y nosotros no podemos decir con los maniqueos que el imperio de este mundo está repartido entre Dios y el diablo, y que Dios es autor solamente de las cosas buenas y perfectas, y el diablo de las malas é imperfectas. Por consiguiente, Dios es autor de todo cuanto hay en el mundo; hasta aquí es cierto. Vamos á la otra proposicion, que dice que en este mundo hay mil maldades, y esto es mas que cierto; la consecuencia es una blasfemia. ¿Donde está el vicio, Teodosio, que yo no caigo en ello?

TEOP. — Está en no atender al dictamen que acabo de dar. Los pecados y todas las maldades que hay en el mundo no son cosas que existan: son

*modos de las cosas* que en el mundo hay. Todas cuantas cosas hay en el mundo son en si buenas, porque todo lo que Dios hizo es bueno, y Dios es el autor y criador general de todas las cosas; pero los modos de estas cosas no todos son buenos. Pongamos ejemplo: la espada, atendiendo á la materia de que está formada, es criatura de Dios y es buena: la sangre es criatura de Dios y es buena; pero si á un hombre le dan una estocada á traicion y le matan, el homicidio es malo y muy malo. Mas debe advertirse que el homicidio no es cosa ni sustancia, ni criatura de Dios, sino un movimiento de la espada por dentro del cuerpo humano, el cual es un mero modo: y ya se ve que el modo de la sustancia no es sustancia ni cosa criada por Dios. Así, pues, el vicio del discurso está en la primera proposicion: si dijere, *todo cuanto hay en este mundo es criatura de Dios*, es falsa; pero si dijere, *todas cuantas cosas hay en este mundo son criaturas de Dios*, es verdadera. Mirad la diferencia que hay donde parecia que no la habia. Una proposicion dice *todo* y es falsa: otra dice *todas las cosas* y es verdadera, porque los pecados no son cosas, ni tienen *sustancia*, son modos de las cosas ó de la sustancia, y por esta razon son comprendidos en la palabra *toda*, y quedan excluidos de la palabra *todas las cosas*. De suerte, que los pecados no son criaturas de Dios, porque Dios solo crió las sustancias; y ya os dije yo en la física, que los *modos* de la sustancia no tienen ningun ser real que pueda ser producido. ¿Veis, Silvio, cuanta utilidad tiene el sistema de los modernos que vos tanto abominais?

SILV. — No quiero volver á hablar de eso ; pase-  
mos adelante, y no mezclemos física con lógica.

TEOD. — Tenemos, pues, Eugenio, que es me-  
nester separar mucho las ideas de las *cosas* de las  
ideas de *sus modos*. Quien no advierte eso piensa  
que tanto vale una cosa como la otra, y se ve apreta-  
do. ¿Quereis ver cómo de aquí es de donde procedia  
el error? Pues poned en lugar del *pecado* cualquier  
sustancia : poned las fieras, poned las sabandijas,  
poned el mismo demonio, y vereis como en la con-  
secuencia se prueba bien que todo eso es bueno,  
no con bondad moral sino con bondad física, pues  
todo es obra de la mano de Dios que crió todas  
esas cosas.

SILV. — Acuérdomme de haber leído en san Agus-  
tin, que un maniqueo habia persuadido su error á  
cierto católico muy irritado contra las moscas, por-  
que le cogió la proposicion de que no eran buenas,  
y que solo el diablo podia ser autor de semejantes  
sabandijas.

EUG. — Si él hubiera oido lo que Teodosio nos  
dijo en las conversaciones pasadas, hallaria las mos-  
cas tan bellas y perfectas como los pavos reales, y  
los pájaros mas hermoseados por el Autor de la na-  
turaleza.

TEOD. — Pasamos adelante á hablar un poco de  
los concretos y abstractos, que es doctrina muy im-  
portante.

## § V.

De las ideas de los concretos y abstractos.

SILV. — En esta materia podeis deteneros cuanto  
quisiéreis, que bastante me quebraron la cabeza  
cuando concurría á las aulas, y se trataba ese  
punto.

TEOD. — No me detendré sino lo que fuere muy  
preciso para dar á Eugenio la instruccion que de-  
seo. Y sin embargo de haber vos estudiado esta ma-  
teria fundamentalmente, puede ser que encontréis  
en ella alguna novedad ; pero hemos de hacer un  
ajuste, y es, que á Eugenio solo le diré lo que fue-  
re preciso para la instruccion que pretende tener,  
y lo demas que fuere preciso para algunas disputas  
de las aulas lo trataremos aparte, á fin de no con-  
fundir á Eugenio con las cosas que él no entiende,  
y por otra parte no dejar truncada esta materia en  
vuestra presencia, que conoceis perfectamente su  
importancia.

SILV. — Sea muy enhorabuena.

TEOD. — Habeis de saber, Eugenio, que cuando  
junto yo cualquier objeto con una cosa que le pue-  
de dar alguna denominacion, hago un *concreto* : á  
fuerza de ejemplos me haré entender con claridad.  
Junto el *hombre* con las *riquezas*, y de aquí nace el  
que se denomina *rico*, y formo este concreto *rico*.  
Del mismo modo si junto la *pedra* con la *blancura*,